

po, ¿qué impresion no debia hacer en los pueblos la verdad de este hecho? ¿Y si el universo habia adorado á unos impostores que publicaban falsedades, no hubiera tenido escusa en adorar á un hombre milagroso, á quien los mismos hombres vieron levantarse sobre los Astros, cercado de gloria?

Pero advertid, Católicos, que la ocasion de error no acabaria con Jesu-Christo: se nos anuncia tambien que parecerá al fin de los siglos, en medio de los ayres, rodeado de poder y magestad, y acompañado de todos los Espiritus Celestiales; que todas las naciones juntas, y temblando esperarán á sus pies la decision de su eterno destino; que pronunciará como Soberano su decisiva sentencia; que los Abrahames, los Moysés, los Davides, los Elías, los Bautistas, quanto ha habido grande y maravilloso en todos los siglos, estará sujeto á su juicio y á su imperio; que él solo se levantará sobre todo poder, y toda dominacion, y sobre todo lo que se llama grande en el cielo y en la tierra; que levantará su trono sobre las nubes al lado del Altísimo: que no solo parecerá dueño de la vida y de la muerte, sino Rey inmortal de los siglos, Principe de la eternidad, Gefe de un pueblo santo, y árbitro de todas las criaturas. ¿Quién es, pues, este hombre á quien el Señor ha comunicado tal poder? ¿Los muertos que se presentarán en su juicio, podrán ser condenados por haberle adorado, habiendole visto revestido de tanta gloria, magestad y poder?

Para finalizar esta primera parte de mi discurso os pido que hagais una reflexion, y es; que si en Jesu-Christo se hubiera hallado una larga vida, y en ella no mas que algun rasgo extraordinario y divino, se pudiera creer que el Señor algunas veces se complace en hacer resplandecer su gloria y su poder en sus siervos; por eso fue arrebatado Enoch; Moysés se transfiguró en el monte santo; Elías subió al cielo sobre

un carro de fuego; el Bautista fue anunciado; pero además de que estas eran circunstancias unicas, y que el language de estos hombres milagrosos, y de sus discipulos, hablando de la Divinidad, y de sí mismos, no dexaba lugar á la supersticion, ni al engaño; en Christo hay un conjunto de maravillas, que cada una de ellas hubiera podido engañar la credulidad de los hombres: en él se hallan todos los rasgos repartidos en estos hombres extraordinarios, que fueron mirados casi como Dioses en la tierra, y aun de un modo mas glorioso y divino: profetiza, pero con mas magestad, y con caractéres mas resplandecientes que el Bautista: se manifiesta transfigurado en el monte santo, pero rodeado de mas gloria que Moysés: sube á los cielos, pero con mas señales de poder y de magestad que Elías: vé lo futuro, pero con mas claridad que todos los Profetas: nace, no solo de un vientre esteril como Samuél, sino tambien de una Virgen pura é inocente. ¿Pues qué he de decir? Y no solo no desengaña á los hombres con expresiones claras y precisas acerca de su origen puramente humano, sino que su estilo acerca de su igualdad con el Altísimo, la sola doctrina de sus discipulos, que nos dicen, que desde la eternidad estaba en el seno de Dios, y que todo fue hecho por él, que le llaman su Señor y su Dios, que nos enseñan que está todo en todas las cosas, justificaria el error de los que le adoran, aun quando su vida hubiera sido comun y semejante á la de los demás hombres.

O vosotros los que le negais su gloria y su Divinidad, y que no obstante le mirais como á enviado de Dios para instruir á los hombres, acabad la blasfemia, y confundidle con aquellos impostores que vinieron á engañar al mundo, pues lejos de establecer en él la gloria de Dios, y el conocimiento de su nombre, el resplandor de su ministerio no hubiera servido mas que de ensalzarle á Divinidad, de hacerle colocar malamente

te al lado del Altísimo, y de sepultar á todo el universo en la mas peligrosa, la mas larga, la mas inevitable y universal de todas las idolatrías.

Nosotros, Católicos, los que creemos en él, y á quienes ha sido revelado el Misterio de Christo, no perdamos de vista este modelo divino, que nos manifiesta el Padre desde lo alto del monte santo: consideremos el espíritu de los diversos misterios que componen toda su vida mortal: estos son los diferentes estados de la vida del Christiano en la tierra. Reconozcamos el nuevo Imperio que vino á formarse Jesu-Christo sobre nuestros corazones: el mundo á quien hasta aquí hemos servido, no ha podido librarnos de nuestras penas y miserias: buscábamos en él la libertad, la paz, la dulzura de la vida, y hemos hallado la confusion, la servidumbre, la amargura, y la desgracia de nuestros dias. Ved aquí un nuevo Salvador que viene á traer la paz á la tierra, pero no nos dá la paz como la promete el mundo. El mundo habia querido conducirnos á la paz y á la felicidad por los deleytes de los sentidos, por la indolencia, y por una vana Filosofía; no ha salido con su intento, y favoreciendo nuestras pasiones ha aumentado nuestras penas: Jesu-Christo viene á proponernos nuevos caminos para llegar á la paz, y á la felicidad que buscamos; el desprecio, el desprecio del mundo, la mortificacion de los sentidos, y la abnegacion de nosotros mismos son los nuevos bienes que viene á manifestar á los hombres. Desengañémonos, pues, no tenemos mas felicidad que esperar aun en esta vida, que el reprimir nuestras pasiones, y prohibirnos los violentos deleytes que turban y corrompen el corazon: solamente la Filosofía del Evangelio forma sabios, y hace felices, porque sola ella arregla el espíritu, fija el corazon y restituye el hombre á sí mismo, restituyendole á Dios. Los que han querido seguir otros caminos no han hallado mas que

va-

vanidad y afliccion de espíritu. Y solo Jesu-Christo, viniendo á traer la espada y la separacion, vino á traer la paz á los hombres.

¡Oh Dios mio! yo sé, bien á mi costa, que el mundo y los deleytes no hacen felices á los hombres: venid, pues, á recobrar un corazon que ha huído en vano de vos, y que á pesar suyo, sus propios disgustos os le traen: venid á ser su Salvador, su paz, y su luz, y mirad mas sus desgracias, que sus delitos.

Ved aquí, Señores, como el ministerio de Jesu-Christo sería para los hombres una inevitable ocasion de Idolatría, si no fuera mas que una simple criatura: veamos ahora como el espíritu de su ministerio sería el lazo de nuestra inocencia.

SEGUNDA PARTE.

EL resplandor del ministerio de Jesu-Christo aun no es lo mas augusto y magnífico que en él se halla: Por grande que nos haya parecido por los Oráculos que le anunciaron, por las obras que hizo, y por las admirables circunstancias de sus Misterios, esto no es mas, por decirlo así, que lo exterior de su gloria y de su grandeza; y para conocer todo lo que en él hay, es necesario contemplar el fondo y el espíritu de su ministerio. El espíritu, pues, de su ministerio encierra su doctrina, sus beneficios, y sus promesas. Descubramos, pues, todo lo que en sí encierra, y hagamos ver, ó que es necesario negar á Jesu-Christo su qualidad de hombre justo, y de enviado de Dios Todo Poderoso, que es lo que conceden los enemigos de su divinidad, ó confesar que es un Dios Encarnado, que baxó á la tierra para salvar á los hombres.

Esta, Católicos, es una alternativa inevitable: Si Jesu-Christo es Santo, es Dios: y si su ministerio no es un ministerio de error y de impostura, es el mi-

nis-

nisterio de la misma eterna verdad, que se ha manifestado para instruirnos. Los enemigos, pues, de su Nacimiento Divino están obligados á confesar que fue un Hombre justo, inocente, amigo de Dios; y si ha habido en el mundo algunos espíritus bárbaros é impíos que se atrevieron á blasfemar contra su inocencia, y á confundirle con los impostores, estos solo han sido algunos monstruos de quienes ha tenido horror el humano linage, y cuyo nombre, odioso aun á la naturaleza, ha quedado sepultado en las mismas tinieblas de donde habia salido el horror de su impiedad.

A la verdad, ¿qué hombre se habia visto hasta entonces en la tierra con mas incontrastables caracteres de inocencia y santidad, que Jesu Christo hijo de Dios vivo? ¿En qué Filosofo se observó jamás tanto amor á la virtud, tan sincero desprecio del mundo, tanta caridad para con los hombres, tanta indiferencia para la gloria humana, tanto zelo de la gloria del Sér Supremo, y tanta elevacion sobre todo lo que los hombres admiran y buscan? ¿Qué zelo por la salud de los hombres? Todos sus discursos, todos sus cuidados, todos sus deseos, todas sus inquietudes se dirigen á este fin. Los Filosofos solamente criticaban á los hombres, sin intentar mas que hacerlos conocer su flaco, ó su ridiculéz: Jesu Christo no habla de sus vicios, sino para enseñar los remedios: los unos eran censores de las flaquezas humanas; Jesu Christo es el Medico: los unos se preciaban de notar en sus próximos, vicios de que ellos no estaban esentos; este habla siempre con un amargo dolor de los defectos de que le exíme su inocencia, y aun derrama lágrimas por los desordenes de una ciudad infiel; bien se conoce que los unos no intentaban corregir á los hombres, sino hacerse estimar, despreciandolos; y que el otro solo piensa en salvarlos, y que le mueven poco sus aplausos y estimacion.

Ob-

Observad por menor sus costumbres y conducta, y ved si hubo jamás en la tierra un Justo mas universalmente esento de todas las flaquezas, aun las mas inseparables de la humanidad: quanto mas se le observa mas se descubre su santidad. Sus discipulos que le veían mas de cerca, son los que mas se admiran de la inocencia de su vida; y la familiaridad, tan peligrosa á la mas heroyca virtud, solo sirve de descubrir cada dia nuevas maravillas en la suya; siempre habla un lenguaje del cielo; no responde sino quando sus respuestas pueden ser utiles á la salud de los que le preguntan; no se vén en él aquellos intervalos en que se suele conocer que uno es hombre: en todo parece enviado del Altísimo: las mas comunes acciones son en él singulares por la novedad y grandeza de las disposiciones con que las acompaña. No parece menos divino quando come en casa del Phariséo, que quando resucita á Lázaro. Cierto, Católicos, que sola la naturaleza no podría llevar tan adelante á la flaqueza humana. No es este un Filosofo que dá preceptos; es un Justo, que con su propio exemplo dá las reglas y preceptos de su Doctrina. Es preciso, pues, que sea Santo, pues aun el mismo Discipulo que le entregó alevosamente, interesado en justificar su perfidia manifestando sus defectos, satisface á su inocencia, y á su santidad, con un público testimonio; y armada contra él toda la malicia de sus enemigos, no pudo reprehenderle de pecado alguno.

Digo, pues, Católicos, que si Jesu Christo es Santo, tambien es Dios; y que si considerais la Doctrina que nos enseñó, tanto en orden á su Padre, como á los hombres, si no fuera mas que un hombre ordinario, enviado solamente de Dios para instruir á los hombres, esta Doctrina no sería mas que un conjunto de equívocos malignos, ó de ocultas blasfemias.

Tomo I.

Mm

Di-

Dixe, si considerais la Doctrina que nos enseñó en orden á su Padre; porque á la verdad, si Jesu-Christo no fuera mas que un simple Enviado del Altísimo, no pudiera venir mas que á manifestar á las naciones Idólatras la unidad de la Divina Esencia. Pero además de que su mision se ordenaba principalmente á los Judios, los que habia mucho tiempo que no habian vuelto á caer en la idolatría, y por consiguiente, no tenian necesidad de que Dios les enviase un Profeta que les corrigiese un error que no padecian, y un Profeta á quien esperaban desde el principio del mundo como luz de Israel, y libertador de su pueblo; además de esto ¿cómo cumple Jesu-Christo con su ministerio, y en qué estilo habla del Sér Supremo? Moysés, y los Profetas encargados de la misma mision, no cesaban de publicar que el Señor era uno; que era impiedad el compararle á la semejanza de las criaturas; y que ellos no eran mas que sus Siervos y enviados, unos instrumentos viles puestos en las manos de Dios, por cuyo medio obraba grandes maravillas: No se les oía expresion alguna dudosa acerca de un punto de tanta importancia en su mision: En ningun modo se comparaban con el Sér Supremo, pues esta comparacion siempre es peligrosísima, por la inclinacion que tenia el hombre á tributar sus respetos al hombre, y á fabricarse Dioses palpables y visibles: No se valian de ningun término equívoco que pudiese confundirlos con el Señor, en cuyo nombre hablaban, y dár lugar á la idolatría y á la supersticion que venian á destruir.

Pero si Jesu-Christo no fuera mas que un Enviado, como ellos, sería necesario que desempeñase su ministerio con tanta fidelidad como ellos. Continuamente está diciendo que es igual á su Padre. Viene á enseñarnos que baxó del cielo, y salió del seno de Dios; que era antes que Abrahám, y que todas las cosas; que el Padre y él no
eran

eran mas que uno; que la vida eterna consistia tanto en conocer al Hijo, como en conocer al Padre; que quanto hace el Padre, lo hace tambien el Hijo: buscadme un Profeta hasta Jesu-Christo que haya hablado en un estilo tan nuevo, tan inaudito, y de tan poco respeto para el Dios Supremo; y que en vez de dár á Dios la gloria como á Autor de todo Dón excelente, haya atribuido á sus propias fuerzas las grandes maravillas que el Señor se dignaba obrar por su ministerio. En todas partes se compara al Dios Soberano; es verdad que una vez dixo, que el Padre era mayor que él; ¿pero qué es lo que está puede significar, si él no fuera un Dios Encarnado? ¿No tendríamos por insensato á un hombre, que con seriedad nos dixese que el Sér Supremo es mayor que él? ¿No es querer igualarse con la Divinidad el atreverse á compararse con ella? ¿Hay por ventura alguna proporcion de mas, y menos entre Dios, y el hombre, entre el todo, y la nada? ¿Pero qué digo? Jesu-Christo no se contenta con decir, que es igual á Dios, justifica tambien la novedad de estas expresiones contra las murmuraciones de los Judios que se escandalizan; lejos de desengañarlos con claridad los confirma en el escandalo; en todas partes usa de un language, ó impío, ó insensato, si su igualdad con el Padre no le ilustrara, y justificara: si no es Dios, ¿qué es lo que vino á hacer á la tierra? Hubiera venido á escandalizar á los Judios, dándoles motivo para creer que se comparaba con el Altísimo; á engañar á las naciones, haciendose adorar de todo el mundo despues de su muerte, y no á esparcir sobre la tierra la ciencia, la luz, y el conocimiento de Dios, como él mismo decia, sino nuevas tinieblas. Pablo y Bernabé rasgan sus vestiduras quando los tienen por Dioses; exclaman altamente delante de los pueblos que quieren ofrecerles víctimas, diciendo: adorad al Señor, cuyos enviados y Ministros somos: el Angel del Apocalypsi quando San Juan quiere postrarse en tierra para adorarle,

reusa con horror este respeto, y le dice: *Adora á solo Dios.* (a) ; Y Jesu-Christo sufre con paciencia que le tributen honores divinos! ; Y Jesu-Christo alaba la fé de los discipulos que le adoran, y que con Thomás le llaman: *Su Señor, y su Dios!* (b) ; Y Jesu-Christo confunde á sus enemigos que le disputan su Divinidad, y su eterno origen! ; Es acaso menos zeloso que sus discipulos de la gloria del que le envia? ; O le importa menos el desengañar á los pueblos de un error tan injurioso al Sér Supremo, y que aniquilaria el unico fruto de su ministerio?

A la verdad, Católicos, ¿qué bien hubiera traído al mundo Jesu-Christo, si los que le adoran fueran Idólatras y profanos? Todos quantos han creído en él, le han adorado como á Hijo Eterno del Padre, imagen de su substancia, y esplendor de su gloria: No se halla en el Christianismo mas que un corto número de hombres, que teniendole por enviado de Dios le niegan los honores divinos, y aun esta Secta, desterrada de todas partes, execrable aun en aquellos lugares en donde hallan asilo todos los errores, está reducida á pocos Sectarios, desconocidos y ocultos, castigada en todas partes como impia, luego que se atreve á manifestarse, y obligada á ocultarse en las tinieblas, y en las extremidades de las Provincias y Reynos mas distantes. ¿Es este acaso aquel numeroso pueblo compuesto de todas lenguas, de todas las Tribus, de todas las naciones, que Jesu-Christo vino á formar en la tierra? ; Es esta aquella Jerusalén celestial, antes esteril, y ya fecunda, que debía encerrar en su seno los pueblos y las naciones, y adonde desde las Islas mas remotas, los Principes y Reyes habián de venir á adorar? ; Son estas las grandes utilidades que debía

(a) *Apo. 19. v. 10.* (b) *Joan. 20. v. 28.*

bia sacar el mundo del ministerio de Jesu-Christo? ; Es esta aquella abundancia de gracia, aquella plenitud de espíritu de Dios derramado sobre todos los hombres, aquella renovacion universal, aquel reyno espiritual y perpetuo, anunciado por los Profetas con tanta magestad, y que debía acompañar la venida del Salvador? ; Qué os parece, Católicos? ; Habia de reducirse una esperanza tan magnífica á vér al mundo en una nueva idolatría? Este suceso tan feliz para la tierra, prometido tantos siglos antes, anunciado con tanta pompa, deseado de todos los Justos, manifestado desde lejos á todo el universo, como su unico remedio, habia de corromperle y pervertirle para siempre? Esta Iglesia tan fecunda, de quien son hijos los Reyes y los Césares, á la cabeza de sus pueblos, ¿no habia de comprender en su extension mas que un corto número de hombres, odiosos al cielo y á la tierra, vergüenza de la naturaleza y de la Religion, obligados á ocultar en las tinieblas el horror de su blasfemia? Y toda la magnificencia futura del Evangelio ¿habia de limitarse á formar la bárbara Secta del impío Socino?

¡Oh Dios! ; Qué sábia y razonable parece la fé de vuestra Iglesia, quando se la oponen las insensatas contradicciones de la incredulidad! ; Y qué consuelo es para los que creen en Jesu-Christo, y esperan en él, ver los abismos que se forma la soberbia, quando intenta abrirse nuevos caminos, y arruinar el unico fundamento de la fé y de la esperanza de los Christianos!

Ved, Católicos, como la Doctrina de Jesu-Christo respecto de su Padre establece la gloria de su eterno origen. Por eso, quando hablan los Profetas del Dios del cielo y de la tierra, faltan las expresiones á la grandeza y magnificencia de sus ideas: llenos de la inmensidad, de la Omnipotencia, y de la Magestad del Sér Supremo, agotan la flaqueza del lenguaje humano, para que corresponda á lo sublime de estas imagenes: este Dios

Dios es quien encierra las aguas del mar en el hueco de su mano; quien pesa los montes en su peso; quien tiene en sus manos los rayos y las tempestades; quien como jugando sostiene el universo. ¿Unos pocos hombres habian de hablar de este modo de la gloria del Altísimo? La infinita desproporcion que se halla entre la inmensidad del Sér Supremo, y la flaqueza del espíritu humano, debe atemorizarle, deslumbrarle, confundirle; y los mas elevados terminos nunca lo son bastante para su admiracion y pasmo.

Pero quando Jesu Christo habla de la gloria del Señor no usa de las pomposas expresiones de los Profetas: le llama Padre Santo, Padre Justo, Padre Clemente, Pastor que corre tras la oveja descarriada, y que con gran bondad la hecha sobre sus hombros: amigo que se dexa vencer de las importunidades de su amigo: Padre de familias, alegre con la vuelta y arrepentimiento de su hijo. Bien se echa de ver que este es un Hijo que habla con un language doméstido; que la familiaridad y sencillez de estas expresiones suponen en él un conocimiento sublime, que le hace familiar la idea del Sér Supremo, sin que como nosotros se asuste y atemorice con la Magestad de su gloria; y finalmente, que no habla sino de lo que vé claramente, y de lo que él mismo posee. Los títulos que se adquieren por el nacimiento causan menos admiracion: los hijos de los Reyes hablan simplemente de los cetros y coronas; y solamente el Hijo Eterno de Dios vivo puede hablar con tanta familiaridad de la gloria del mismo Dios.

Supuesto, pues, Católicos, que somos compañeros de todas las gracias de Jesu-Christo, ved el derecho que nos adquirió de mirar á Dios como á nuestro Padre, podernos llamar hijos suyos, y amarle mas que temerle. Pero con todo eso nosotros le servimos como esclavos y mercenarios; tememos sus castigos; nos mueve poco su amor y sus promesas; nada tiene de amable

ble para nosotros su ley tan justa y tan santa; la tenemos por un yugo que nos pesa, que nos hace murmurar, y que prontamente sacudiriamos, si sus transgresiones hubieran de quedar sin castigo. No se oyen mas que quejas contra la severidad de sus preceptos; disputas para defender las mitigaciones que el mundo introduce continuamente en ellos; en una palabra, si Dios no fuera vengador, no le conoceriamos; solo debe á su justicia y á sus castigos nuestros respetos y honores.

Pero no confirma menos la doctrina de Jesu-Christo respecto de los hombres, á quienes vino á instruir, la verdad de su Nacimiento Divino. No hablo aqui de la sabiduría, de la santidad, de lo sublime de esta doctrina; en ella todo es digno de la razon, y de la mas sana Filosofía; todo proporcionado á la miseria y excelencia del hombre, á sus necesidades y á sus altos destinos; en ella todo inspira desprecio de las cosas percederas, y amor á los bienes eternos: todo mantiene el buen orden, y tranquilidad de los estados: todo es grande, porque todo es verdadero; la gloria de las acciones es mas real y mas resplandeciente en el corazon que en las acciones mismas: El Sabio del Evangelio no se propone otra recompensa de su virtud que la virtud misma, y prefiere el testimonio de su conciencia á los aplausos de los hombres; es mayor que el mundo entero por la elevacion de su fé, y es el mas ínfimo de los hombres por la modestia de sus pensamientos; su virtud no busca en la soberbia el descanso de sus penas; este es el primer enemigo á quien hace guerra, y en esta divina Filosofía las mas heroyeas acciones son nada, quando el hombre se tiene por algo; mira la fama como error, la prosperidad como infortunio, la elevacion como precipicio, las afflicciones como favores, la tierra como destierro, y todo lo que pa-